

I

La Capilla de las Campanas era un edificio de ladrillos beis de una planta que parecía haber sido un banco en el pasado. Ryan Kilgore, al rodear la funeraria con su coche advirtió que incluso tenía una ventanilla tapiada.

Fingió buscar un espacio para aparcar, pero en realidad estaba retrasándose adrede. Llevaba horas conduciendo, avivado por una adrenalina terrible. Pero ahora que había llegado, sentía un nudo en la garganta y hasta dudaba de si debía entrar en la funeraria. Lo que en el fondo quería era encontrar un banco y disfrutar de la calidez del sol de finales de verano, pero iba con el tiempo justo.

A los cuarenta y cinco años, Ryan era un hombre delgado y lucía un afeitado apurado. Se había rapado el pelo rubio encanecido y sus ojos celestes despren-

dían un aire melancólico. Todo el mundo le estaba diciendo siempre: «¡Sonríe, no hay para tanto!» Pero, según Ryan, esas personas no tenían ni idea de cómo se sentía.

Hacía ya una hora que se encontraba en esta pequeña población de Michigan, una zona residencial de Detroit, buscando una cafetería después de pasar la noche en un motel de mala muerte. McDonald's era el único local que estaba abierto, un lugar al que Logan, su hijo pequeño, que sabía exactamente cuántos gramos de grasa contenía un Big Mac, tenía prohibido ir. Pero Ryan, ávido de tomar cafeína y sal, se unió a la cola de coches que avanzaban a paso de tortuga hacia la ventanilla del McDonald's, y al tocarle el turno pidió en un acto de desesperación un café en vaso grande, un McMuffin de huevo y patatas fritas con cebolla. Lo engulló todo dentro del coche, con el motor en marcha, manchándose los pantalones de grasa. Después de esconder la bolsa y el vaso del café debajo del asiento, como si fueran droga, regresó al aparcamiento de la funeraria; era la tercera vez que lo visitaba aquel día.

Tras aparcar, permaneció en el coche con las ventanillas bajadas, contemplando a los ancianos de luto encaminándose hacia la funeraria apoyados en bastones o andadores. Los hombres vestían trajes mal

cortados que apestaban a madera de cedro y naftalina. Y las mujeres, de caderas anchas y rostros blancuzcos, iban con gafas oscuras, vestidos floreados y chaquetas que les quedaban pequeñas, o con unos trajes enormes de chaqueta y pantalón con botones metálicos, la clase de ropa que Ryan llevaba de pequeño cuando iba a la iglesia.

Antes de salir del coche, se sacó del bolsillo la fotografía descolorida que había estado llevando consigo durante tanto tiempo. A lo largo de cuarenta y tantos años su principal ocupación había sido intentar dar con el rostro de este hombre, el padre que lo había abandonado al nacer.

Era un cálido día de mediados de agosto, todo estaba teñido con un resplandor dorado. Ryan, mirándose en el espejo retrovisor del coche, intentó cambiar de expresión, como hacía siempre antes de dar clase en la universidad, adoptando un aire de autoridad y poder. Metió la barbilla hacia dentro y arqueó las cejas. Pero de nada le sirvió. Al mirarse en el espejo del aparcamiento descubrió que tenía incluso peor aspecto que de costumbre, se veía confundido y exhausto.

«Los objetos están más cerca de lo que parecen», decía la advertencia en el espejo, pero en lugar de «están más cerca», leyó «son más *viejos*». Últimamente

siempre se equivocaba al leer los carteles y los titulares. ¿Qué le estaba pasando?

En el asiento del pasajero había varias cajas abiertas llenas de libros con su nombre escrito en negrita con letras grandes en la cubierta y su foto en la contraportada.

DR. RYAN KILGORE, UNIVERSIDAD DE SAINT JOHN

*La Tierra amorfa: cómo estamos destruyendo
la diversidad de culturas de nuestro planeta*

Otro libro se titulaba *Datos sobre los rituales tribales de los mayorunas del Brasil*.

Estos libros constituían el tema principal al que se había dedicado durante los veintitantos años que llevaba enseñando en la Universidad de Saint John de Queens, en Nueva York. Durante este tiempo había pasado de ser un profesor adjunto con un escritorio en el rincón del despacho de otro colega a tener una plaza fija, un despacho propio y una foto favorecedora en la página web de la universidad. Enseñaba sociología, ecología y ciencia medioambiental, y tenía un doctorado en antropología cultural. Lo mejor de ser profesor era el generoso presupuesto destinado a la investigación que le permitía viajar a sus anchas. También le gustaba el prestigio que conllevaba

usar el título de «doctor» a la menor oportunidad y le encantaba que la gente lo tomara por médico, un error que nunca corregía.

Por el momento sólo habían leído sus libros un pequeño grupo de lectores formado sobre todo por sus alumnos, ya que en sus clases eran lecturas obligatorias. Tal vez no fuera lo más correcto, pero lo había hecho de todos modos por el gusto de ver, al entrar en el aula, a veinte estudiantes sentados con un libro en el que aparecía en la portada su nombre en letras grandes.

Al parecer nadie más quería estudiar la superioridad de los poco conocidos grupos tribales. Pero era la clase de tema que a él le apasionaba: cómo la civilización desaparecería al cabo de poco si los seres humanos no aceptábamos el poder del conocimiento antiguo. Aunque según Sophie, su esposa, no era uno de los temas más cautivadores de conversación. Durante los diez años de matrimonio, ella había adquirido la mirada de resignación que él recordaba en sus antiguas novias.

Ryan, pecando de optimista, esperaba que en cuanto publicara sus libros por su cuenta aparecería un editor que se los quitaría de las manos. Al menos eso era lo que creían varios profesores adjuntos de su departamento y él también se había sumado a esta fantasía.

Pero nunca llegaba a suceder. Y ahora tenía dos armarios llenos de libros que habían leído tal vez cincuenta personas. Tenía la vaga idea de que quizá le daría un ejemplar a su padre. Pero ¿para qué? ¿Para que se quedara pasmado y abrumado por el talento del hijo al que había abandonado? ¡Qué patética era esta fantasía! Ryan arrojó una toalla sobre las cajas para taparlas a su vista.

De pronto sonó el móvil y al consultar la pantalla vio que era Sophie. Cuando se había marchado el día anterior, ella estaba planeando la fiesta del noveno cumpleaños de Logan y seguramente le llamaba para quejarse de su «escasa participación». Ignorando la llamada, guardó el móvil en el bolsillo. Ya se ocuparía de ello más tarde, cuando no tuviera tantas cosas que hacer.

Ryan contempló de nuevo la foto de su padre. Cuando se la habían tomado, era un hombre fornido de cincuenta y tantos años; su rostro curtido, como si hubiera pasado mucho tiempo a la intemperie, le confería un cierto atractivo. Estaba plantado junto a un camión, con una mirada agresiva y un sombrero blanco de vaquero. Era Robert Kilgore, el hombre que le había abandonado a él y a su familia.

Corrían muchas historias de adónde se había ido su padre y lo que había estado haciendo durante to-

dos esos años, procedentes de fragmentos y retazos de conversaciones oídas por casualidad y de las innumerables fantasías a las que Ryan y sus hermanos se habían entregado en la infancia.

Una posibilidad era que Robert hubiera cruzado el país de punta a punta trabajando en ferias y festejos; otros rumores decían que había trabajado en granjas ecuestres en el Medio Oeste, en graveras y en plantas de conservas de salmón en la costa del Pacífico. «Seguro que es piloto», le dijo Dave, uno de sus hermanos mayores, en una ocasión. «Seguro que trabaja para TWA o para una de esas grandes compañías aéreas y vuela gratis a cualquier parte del mundo.»

«Yo creo que es un agente de policía —se aventuró a decir Jim, el primogénito—. Seguramente va de paisano y persigue a los traficantes de estupefacientes. Seguro que bajo la chaqueta lleva un revólver enfundado.»

A Ryan todas estas posibilidades le parecían de lo más descabelladas. Le costaba imaginarse a su padre trabajando en cualquier oficio. Pero había ciertos hechos que no cesaba de oír a los que daba crédito: que su padre era un tipo colérico y celoso aficionado a la ginebra. Durante años su madre se había negado a hablar de él, salvo para confirmar que los había abandonado.

Ryan, respirando hondo, salió del coche y se dirigió a la funeraria. En el interior el aire era gélido. El suelo estaba cubierto de alfombras gruesas de color claro y se oía la apagada música de órgano. En las capillas, con nombres como Paz y Serenidad, había pequeños grupitos de personas apiñadas en silencio, de pie o sentadas en sillas plegables. En la mayoría de capillas había pantallas de cine en las que aparecían secuencias de la vida del difunto que se iban repitiendo. Ryan se asomó a una donde iban apareciendo repetidamente en la pantalla, a modo de homenaje silencioso, las fotos del nacimiento, la graduación y la boda de un hombre con un traje gris que yacía en un ataúd, aunque nadie parecía mirarlas.

Pero en la capilla donde reposaba su abuela no había ninguna pantalla. Al entrar en la sala llamada Paz, Ryan vio un tablero con varias fotos polaroid desteñidas clavadas con chinchetas. Se estaban celebrando las exequias y él, agachando la cabeza, intentó pasar desapercibido.

En la parte delantera de la sala, tras un altar con velas parpadeando, un sacerdote estaba hablando en tono solemne de la redención, la fidelidad maternal y la piedad. A Ryan le causó la impresión de que se refería a una anciana a la que él no conocía.

Cogió el recordatorio que le ofreció una empleada con el rostro colorado y una media melena castaña al estilo de los años cincuenta. Llevaba una blusa blanca con volantes y pendientes de aro. La mujer le miró como si supiera quién era. «¡Descansa en paz!», decía el recordatorio, decorado con ilustraciones de lirios y la foto difuminada de una anciana cuyo rostro le impactó.

Anne Mary Kilgore. Era un retrato sacado seguramente en una iglesia. La anciana, con la cara pálida surcada de arrugas, miraba a la cámara con una expresión avinagrada. «Ésta es quien soy», parecía decir la foto. «Te guste o no.» Ryan se sentó de manera brusca en la última fila.

Ahí estaba otra vez, la madre de su padre, a la que no había visto desde hacía más de cuarenta años. La última vez que la vio fue en un *picnic* al que su madre le llevó, al poco tiempo de abandonarlos su padre, como si quisiera demostrarle que tenía una familia. Recordaba a Anne Mary como una mujer amargada y enjuta que distaba mucho de ser la abuela que hubiera deseado tener. Al abrazarla se sintió como si estrechara entre los brazos a un alambre de esos de atar balas de paja.

¿Qué se decía de la vida de Anne Mary Kilgore? No gran cosa, según el recordatorio, salvo la fecha de

nacimiento y la de la boda, y los nombres de sus hijos, el segundo de los cuales, Robert, como padre había sido una nulidad y había desaparecido del mapa.

La difunta, expuesta en la parte delantera de la sala, con el rostro ajado visible incluso desde la parte de atrás, yacía en un elaborado ataúd propio de la realeza. Ryan se levantó y se unió a la cola de personas que desfilaban por el pasillo para despedirse de la anciana, sin perderse el menor detalle. La capilla estaba llena de flores que raras veces se veían en la naturaleza, y menos aún combinadas: gladiolos encarnados, claveles con aroma a clavo y lirios que despedían una fragancia dulzona. Ryan, que aún no había digerido el café ni la comida grasienta del desayuno, sintió náuseas.

El ataúd parecía ser el más lujoso de todos los modelos. Forrado de satén, estaba hecho con un material parecido al titanio, como una nave espacial diseñada para propulsar a la abuela Anne al otro mundo.

¿Quién había pagado un ataúd tan caro y por qué lo había hecho si la pobre mujer seguramente no había visto una pieza de satén en toda su vida? Si no le fallaba la memoria, su abuela siempre iba con ropa de andar por casa, delantal y pantuflas.

¿Por qué no le habían comprado un abrigo de piel o flores cuando vivía, mientras podía disfrutar de es-

tas cosas? ¿De qué servía ahora envolverla en satén para toda la eternidad o lo que deparara la muerte?

Ahuyentó estos pensamientos de su cabeza. Sophie siempre le decía que eso era lo que él hacía cuando se enfrentaba a sentimientos profundos: evadirse con razonamientos irónicos e intelectuales.

—Te comportas como los sujetos de tus libros de antropología, como si la cosa no tuviera que ver contigo —le recriminaba su mujer.

—No sé de lo que me estás hablando —replicaba Ryan sin darse por aludido.

—¡Te he pillado otra vez! Te crees superior al resto de los mortales. Crees que puedes etiquetar a todo el mundo y que estás por encima de los demás.

—¡Lo que dices es absurdo! —protestaba Ryan sin lograr convencer a su mujer, hasta que dejó de intentarlo.

Incluso ella se habría sorprendido al descubrir el sentimiento de poca valía de su marido, lo inseguro que se sentía pese a la imagen de pedante que daba. A Ryan le importaba tanto la opinión de los demás que por eso siempre quería tener razón, decir la última palabra.

De pronto se dio cuenta de que la capilla debía de estar llena de primos, sobrinos y tías abuelas suyos. Pero tanto le daba, sólo quería ver una cara en-

tre ellos. Si no podía ver a su padre, no quería ver a nadie más. Salvo a su abuela, que ahora ya se había ido de este mundo, después de ochenta y nueve años de llevar una vida que según él había sido de lo más dura y decepcionante.

Ryan se quedó plantado ante al rostro impávido y las manos juntas de su abuela Anne. La anciana llevaba un vestido azul de seda, una cruz sobre el pecho y pendientes con perlas engarzadas. La parte superior del cuerpo estaba a la vista, pero la inferior la habían cubierto como si estuviera demasiado estropeada —o fuera demasiado delicada— como para exponerla.

La expresión de su abuela se había suavizado con los años, aunque aún parecía enojada, como si alguien hubiera grabado en su cara con un cuchillo la palabra infelicidad.

Pese a sus sentimientos, esta mujer era de su misma sangre, su ADN demostraba que su padre había existido. El maquillador le había recogido el pelo gris y ondulado en un moño alto lleno de laca, y le había pintado descuidadamente los labios de color rosa. Las mejillas se las habían rellenado con alguna sustancia que Ryan no se quería ni imaginar. Alargando la mano, le tocó el brazo por un segundo, pero se arrepintió enseguida de haberlo hecho. Estaba frío y duro

como una piedra y tenía la piel helada. ¿Acaso el calor y la sangre no eran sinónimos de vida?

Cerró los ojos. «Hola, abuela», sintió que una antigua parte suya murmuraba, como si esperara que ella le respondiera incorporándose de pronto. Al abrir los ojos su abuela le pareció más infeliz y aterradora que nunca.

Dio media vuelta y se alejó del ataúd escrutando nerviosamente a los presentes mientras se dirigía hacia una corona de rosas amarillas en forma de corazón en la que ponía: «MADRE». Era obvio que su padre debía de haberla enviado.

Tenía la sensación de estar siendo observado por alguien o algo situado ligeramente encima de él, por una especie de cámara de seguridad en lo alto. Era la misma sensación que experimentaba cuando se probaba ropa en un probador. Miró a su alrededor y luego a las vigas del techo de la capilla. Pero no vio a nadie ni nada observándole.

En el primer pasillo de una hilera lateral divisó a un hombre de espaldas con una melena canosa, jugueteando nerviosamente con el recordatorio. Ryan volvió a mirar la foto de su padre. ¿Sería él?

Se acercó para verlo mejor. ¿Qué haría si se encontrara con su padre después de todo ese tiempo? ¿Qué le diría? ¿Le montaría una escena, humillán-

dole por el dolor y el sufrimiento que le había causado? ¿O se echaría a llorar, sin poder hablar ni ocultar su rabia y añoranza?

Pero hoy no llegaría a averiguarlo.

El tipo se volvió y Ryan al ver sus facciones y sus pequeños ojos negros descubrió que, como tantas otras veces, no era su padre.

Siguió escrutando a los presentes mientras la gente empezaba a irse.

Posó sus ojos en una mujer sentada al otro lado del pasillo. Aparentaba unos sesenta años, llevaba el pelo corto escalado y lucía una esbelta figura. Sus ojos cálidos se iluminaron al reconocer a Ryan. Le sonrió ligeramente. Era Dorothy Stouten, la hermana pequeña de su padre. Él, demasiado emocionado como para hablar con nadie, se giró rápidamente y salió de la capilla a paso vivo para dirigirse a donde tenía el coche.

—Ryan, ¿eres tú? ¡Espera! —gritó Dorothy a sus espaldas en el aparcamiento.

Él se paró en seco y se giró.

—Casi no te reconozco —dijo ella.

Pese a su dolor, Ryan se sintió molesto por el comentario. ¿Qué había querido decir? Si él era el que en mejor forma estaba de todos los hombres presentes, cuyas barrigas desbordaban los cinturones blan-

cos y los paquetes de tabaco se les marcaban en los bolsillos.

Durante veinte años había estado yendo al gimnasio de la universidad como si se preparara para algún desastre para el que tuviera que estar en forma. Había creído que así sería inmune a las enfermedades y tendría una salud envidiable. Ni siquiera le había dicho a Sophie la verdad, que pese a todo el ejercicio, en el último chequeo el médico le había dicho que tenía el colesterol por las nubes y un nivel elevado de triglicéridos.

—¿Cómo es posible? —le preguntó sorprendido al médico.

—A veces es hereditario —le respondió, precisamente lo que él no quería oír. El médico no tenía idea de lo ponzoñosas que eran estas palabras para él. Aunque estuviera buscando a su padre, esto no quería decir que deseara tener ni uno solo de sus rasgos.

En realidad todo cuanto había hecho hasta ahora —cada agotador trabajo desempeñado en la etapa estudiantil, cada clase tomada para sacarse el doctorado, cada dólar ahorrado en el plan de jubilación— había sido para hacer lo contrario de lo que su padre había hecho y demostrar que él no era un holgazán ni un irresponsable, sino una persona culta y educada. Ryan se enorgullecía de su carrera, su fidelidad a So-

phie, su buena mano para administrar el dinero y la firme, aunque no despótica, educación que le daba a su hijo. Pero tenía otros rasgos que no eran tan admirables. A Sophie le gustaba recordárselos: era impaciente, irritable y desdenoso. Pero nadie es perfecto. Estaba haciéndolo lo mejor que sabía dadas las cartas que le habían tocado en la vida. ¿No?

Dorothy interrumpió sus pensamientos.

—No teníamos ni idea de que estuvieras aquí, cariño —prosiguió ella—. Más tarde todos pasarán por casa. ¿Por qué no vas tú también a verme?

—Lo siento, tía. Te lo agradezco, pero no puedo. Sólo he venido a despedirme de la abuela.

Ryan podía ir perfectamente a casa de su tía, a decir verdad era lo que debería hacer, ya que había estado conduciendo durante seis horas para llegar a ese pueblo de mala muerte. Pero el comentario de Dorothy acerca de que casi no lo había reconocido le había dejado con el ánimo por los suelos.

—Tu abuela estaría muy orgullosa de ti si supiera que has hecho este largo viaje para verla —dijo Dorothy—. Eso es lo que cuenta.

Las puertas de la capilla se abrieron a la espalda de su tía y alguien salió al exterior. Ryan sintió un ramalazo de ansiedad, pero se tranquilizó al descubrir que era una adolescente.

Tragó saliva.

—No he visto por ninguna parte a mi padre. No ha venido, ¿verdad? —no pudo evitar preguntarle a su tía.

Dorothy le miró con comprensión. Al parecer su hermano también la había hecho sufrir mucho.

—No, él no está aquí. ¿Por eso has venido?

—Creí que al menos tendría la decencia de asistir al funeral de su madre, pero ya veo que me he equivocado.

Dorothy ahogó una risa.

—Seguramente tiene miedo —observó.

—¿Miedo de qué? ¿Qué diablos debería temer?

—Podría temer verte, por ejemplo.

—Si ni siquiera me reconocería —afirmó Ryan.

—O que tenga miedo de ver a tus hermanos —prosiguió Dorothy—. O incluso a tu madre, que aún sería peor.

—De eso sí que debería tener miedo. Mi madre lo metería en la cárcel sin pensárselo.

—A propósito, ¿cómo está?

Ryan titubeó mientras le venían a la cabeza palabras contradictorias. No quería decirle la verdad, que su madre, que se había vuelto a casar, seguía siendo tan infeliz como siempre.

—Está bien. Mejor que cuando intentaba sacarnos adelante sin tener dinero.

—¿Qué habrías hecho si te *hubieras* encontrado a tu padre en el funeral? —preguntó Dorothy.

—No lo sé. Supongo que habría hablado con él.

La mujer miró a su sobrino como si no se creyera una palabra de lo que acababa de decir.

—¿De verdad? ¿Y de qué habríais hablado?

La curiosidad de su tía le estaba sacando de quicio.

—De un montón de cosas, aunque no te lo creas —contestó mirándola fijamente un segundo—. ¿Sabes dónde está?

Su tía sacudió la cabeza rehuyéndole la mirada.

Los dos se quedaron plantados en silencio mientras un río de gente pasaba por su lado; la mayoría eran ancianas llevando ollas cubiertas con papel de aluminio. Ryan se dijo que igual se estaban celebrando tres o cuatro funerales a la vez. El olor a macarrones, queso y pastel de carne que quedó flotando en el aire lo transportó de pronto a una breve, aunque encantadora, etapa de su niñez, y recordó la comida de las celebraciones familiares antes de trasladarse a vivir en un hogar de acogida, antes de que su familia se deshiciera.

—Me alegro de verte, Ryan, aunque no puedas venir a casa —dijo Dorothy—. Como ya sabes, hace años que ningún miembro de la familia tenemos noticias de tu padre. Quizá sea mejor así. Para todos.

—Sabes dónde está, pero no quieres decírmelo, ¿verdad? Bien, entiendo —replicó dando media vuelta y abriendo enojado la portezuela del coche.

—¡Espera! ¡No te vayas! —exclamó Dorothy suspirando, como si tomara una decisión en su fuero interno—. La última vez que hablé con él estaba en California.

Ryan se giró sorprendido.

—¿California? ¿En qué parte?

—Acababa de salir de la cárcel y estaba viviendo con una mujer en un pueblo que se llamaba Gurn no sé qué. ¿Guerneville, quizá? Pero de eso ya hace años. Seguramente siete u ocho. ¡Vete a saber dónde estará ahora!

—¿Por qué lo metieron en la cárcel?

—Creo que por agresión con lesiones —respondió su tía rehuyéndole la mirada—. Siempre fue propenso a descargar su ira en las mujeres. Al menos eso es lo que he oído.

Ryan caminó inquieto de un lado a otro, intentando calmarse. La información de Dorothy no le había sorprendido y, sin embargo, sentía un nudo en la garganta.

Lo cierto era que después de todos esos años todavía no podía creer que su padre pudiera vivir sin intentar contactar con él de algún modo. Uno de sus

pasatiempos más frecuentes era tratar de averiguar qué le había sucedido a su padre en la niñez que explicara o sugiriera por qué había fracasado en la vida y había abandonado a su familia. ¿Había sido maltratado o sus padres le habían ignorado? Pero nadie se lo podía decir. Ni siquiera Dorothy parecía saberlo.

—Bueno, nuestro padre bebía y mamá vivía en su propio mundo, pero nos cuidaron —le contó su tía al preguntárselo él—. Siempre estaban ahí, aunque no se implicaran demasiado con nosotros. Aparte de esto, no ocurrió nada especial.

—Los otros hijos no os parecéis en nada a él, ¿verdad? —preguntó Ryan.

—Tu padre es el único que ha ido a la cárcel o que se ha divorciado. No se puede decir que seamos las personas más felices de la tierra, pero somos bastante normales.

Si la hermana de su padre no podía darle ninguna pista, ¿quién iba a hacerlo?

—Escucha, siento haber sido tan brusco contigo —se disculpó Ryan—. Sólo esperaba...

—Lo sé —le interrumpió Dorothy alzando la mano—. Pese a todas las cosas horribles que hizo, no olvides que es mi hermano. A mí también me ha hecho mucho daño —añadió tocándole el brazo—. Cuídate, cariño.

—Lo haré.

Ryan entró en el coche y bajó la ventanilla.

—Ha sido un placer verte, tía Dorothy. Espero que la próxima vez sea en circunstancias más felices.

Puso en marcha el coche y se fue rápidamente.